

ESCENA II.

LA MARQUESA.—DOÑA INES.

Marq. Por quien soy
que este paso de doña Inés
es cosa que escandaliza. . . .
pero. . . ¡ah! ¿si vendrá echadiza
por el astuto marqués?
¿Quién lo duda que vendrá? . . .
la falta se habrá notado,
y á ver vendrá si el tratado
está entre mis manos ya.
¡Ja! . . . ¡ja! . . . ¡ja! . . . ¡pobre señora! . . .
¿Qué entendeis vos, doña Inés? . . .
no, no ha escogido el marqués
la mejor embajadora.

(Sale doña Inés, y se adelanta la marquesa á recibirla.)

¡Bellísima Sandoval!
¡tal dicha, y en tal momento? . . .
venid y tomad asiento,
aquí estareis menos mal.

(Se sientan.)

Inés. Sin duda que extrañareis
veros así importunada
en hora tan desusada. . . .

Marq. No me extraña, ya lo veis. . . .
al contrario; es el mayor
placer que pudiérais darme:
vos podeis venir á honrarme
cuando os parezca mejor.
Y aunque amiga tan querida
en ello me pone tasa,
siempre que venga á esta casa

ACTO TERCERO.

Una sala en la casa de la marquesa de Torrecuso, alhajada con todo
toda la elegancia de la época. A la derecha una mesa con recado
de escribir: á la izquierda una puerta; otra grande en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA.—EL PORTERO.

Porter. *(Desde el fondo.)*
Doña Inés de Sandoval.

Marq. ¡La Sandoval!

Porter. Sí, señora.

Marq. Me sorprende que á esta hora
venga á verme mi rival.
¿Estais seguro. . . .

Porter. Sí estoy:
ese nombre es el que ha dado
para que os pase el recado.

Marq. Adelante. *(Vase el portero.)*

será muy bien recibida.
Inés. Marquesa, mucho agradezco vuestra exquisita atencion.
Marq. Os habla mi corazon. . . .
Inés. Es honra que no merezco.
Marq. Opinais de vos muy mal, pues en la corte es sabido que ninguna ha merecido lo que Inés de Sandoval.
Inés. A esa gente lisonjera escuchadla cual la escucho; pues ya sabeis vos lo mucho que en la corte se exagera. Y si no, mirad por Dios lo que es mi merecimiento: hoy vengo con sentimiento á despedirme de vos.
Marq. ¿Doña Inés se formaliza?
Inés. ¡Oh! . . . sí tal.
Marq. Mucho me extraña. . . .
 ¿Dónde vais?
Inés. Fuera de España.
Marq. ¡Eso es posible! . . .
Inés. A la Suiza.
Marq. Mas. . . ¿quién es el temerario que os aconseja tal yerro? . . . ¿es político destierro? . . .
Inés. Es. . . destierro voluntario.
Marq. ¿Cuál puede ser la razon que os lleva tan pronto allá?
Inés. Hay algunas. . . .
Marq. (Esta ya pide capitulacion.)
Inés. Deseo, y con viva instancia, volver á un país, señora, donde mas feliz que ahora

pasé de mi edad la infancia. Con los recuerdos que allí en otro tiempo dejé, dar al olvido podré los desengaños de aquí.
Marq. ¿Pero á los suizos cantones es desterrais? . . . ¡brava cosa! . . . , ¿tan jóven y tan hermosa perdisteis las ilusiones? Pecais de precipitada. . . . que no lo sintais después. . . .
 ¿Es posible, doña Inés, que esteis tan desengañada?
Inés. ¿Qué quereis? . . . es fuerza, sí, que á la mayor brevedad enlace una voluntad que sin querer dividí. Así de hoy mas podré yo vivir en paz. . . ¿me entendeis? . . .
Marq. No mucho aun. . . .
Inés. Ya lo veis, os cedo el campo. . . .
Marq. ¡Ah! . . . no, no. Atended á mis consejos, y por cederme la palma, ¡por Dios! . . . doña Inés del alma, no os váyais allá tan lejos. Y. . . ¿me lo pedís por Dios!
Marq. Y os volveré á suplicar. . . .
Inés. Yo no debo malquistar al de Ensenada con vos.
Marq. ¿Malquistar, amiga mia, cuando tan acordés vamos? . . . ¡No! . . . creedme, Inés, gozamos ya de tan buena armonía, que ese campo de que hablais

BIBLIOTECA SERRAVALLE

y que en mal hora cedéis,
á la vuelta lo hallareis
lo mismo que lo dejais.

Inés. ¡Marquesa! . . .

Marq. ¿Mi buena amiga?

Inés. No sois franca.

Marq. No os engaño.

Inés. Por hacerle al marqués daño
sé que no excusais fatiga.

Marq. ¡Oh! . . . si tal presumís vos,
¿cómo quereis que yo ahora
os satisfaga. . . .

Inés. Señora. . . .

hablemos claro las dos.
Con todo lo que decís,
no estais bien con Ensenada,
y esa lucha ya empezada
será un mal para el país.
Aunque me produce tedio
el decirlo, he conocido
que la causa de ello he sido
y quiero poner remedio.
No fué mi intento jamás
ofenderos, creedme, sí;
pues bien, me alejo de aquí. . . .
¿se me puede exigir mas?

Marq. Me asombra, Inés, vuestro juicio:
sacrificio es. . . .

Inés. Sí, por Dios;
y en cambio, señora, vos
¿no hareis otro sacrificio?

Marq. ¿Yo? perdonad que os lo diga;
vuestro sacrificio inmenso,
como no os lo exijo, pienso,
Inés, que á nada me obliga.
Pero. . . . sepamos cuál es,

Inés. amiga, porque no obstante. . . .
Que me entregéis al instante
los papeles del marqués.

Marq. ¡Pasmosa es vuestra inocencia!
Doña Inés, ¿qué habeis pedido?
jamás con él he tenido,
como vos, correspondencia.

Inés. No, no os hablo de eso ahora:
son otros. . . . no sé. . . . un tratado
que esta noche habrá llegado
á vuestro poder, señora.

Marq. ¿Un tratado me pedís?
¡atónita me dejais!
¿De qué papeles me hablais?
no entiendo lo que decís.

Sí comprendo que serán
de grave y sumo interés,
cuando á nombre del marqués
los buscáis con tanto afán.

Inés. No son de interés, no, no;
ni al marqués le importan nada,
ni á nombre del de Ensenada,
marquesa, los busco yo.

Marq. Ese empeño que mostrais,
que en su nombre hablais mecp.lixae

Inés. Tambien el vuestro me indica
que el tratado me ocultais.

Marq. ¡Hola! con que ya de cierto
solo se busca un tratado. . . .

Inés. No sé. . . .

Marq. En el que habrá quedado
el ministro en descubierto. . . .

Inés. Vuestras sospechas esquivo,
pues con ellas le ultrajais. . . .

Marq. Como el tratado buscáis
con un interés tan vivo,

pensé que era, y con razon,
de tanta monta, Inés mia,
que en él se comprometia
del ministro la opinion.
Mas . . . si él ha cumplido fiel,
no puede temer ningun . . .

Inés. Eso, marquesa, es segun
el uso que se haga de él.
Si se llegó á apoderar
de él una mano imprudente . . .
al ministro fácilmente
se le puede calumniar.

Marq. No sé . . . no entiendo . . .

Inés. ¿No?

Marq. No.

Inés. ¿Con que á entregarlo os negais!
Marq. Pues qué, doña Inés, ¿pensais
que tengo el tratado yo?

Inés. No falta quien lo asegura.

Marq. ¡Oh! . . . el lance es muy divertido . . .

Inés. Dicen que lo han extraído . . .

Marq. ¿Y he sido yo? . . . ¡qué diablura!
(*Se levantan.*)

Inés. Está bien: basta, marquesa.
Conspirais contra el marqués . . .
mas . . . no os quejeis si después
de haberlo negado os pesa.
Esquivásteis mis preguntas . . .

Marq. ¿Con que á Suiza? ¿quién diria . . .

Inés. Puede ser que todavía
el viaje lo hagamos juntas.

Marq. Holgárame que así fuera:
mucho me place viajar,
y me alegrara llevar
tan insigne compañera.

Inés. Señora, quedad con Dios.

Marq. Id con él y que os bendiga . . .
no olvideis á vuestra amiga.

Inés. Lo mismo os encargo á vos.

ESCENA III,

LA MARQUESA.

Caísteis, pobre Ensenada:
el tratado te ha perdido . . .
¡Oh! . . . y doña Inés ha venido
por él, y de mano armada.
¡Miren por dónde empezól
por el viaje . . . y por ceder
el campo . . . ¡infeliz mujer!
¡cuán en vano se esforzó!
Ya que dice mi rival
que la Suiza es su embeleso,
irá á la Suiza; por eso
no es bien que quedemos mal.
Anhelo llegar el fin
del vasto plan que levanto . . .
Mas ¡cómo es que tarda tanto
el exactísimo Kin?
Este es otro: con doblez
nos busca por varios modos . . .
¡Oh! yo acabaré con todos
para siempre y de una vez.

Porter. (*Sale y anuncia á*
Mister Kin.

Marq. Hacedle entrar.
(*Vase el portero.*)

Ya está aquí: yo bien decia
que á la cita no podia
el astuto inglés faltar.

BIBLIOTECA CASARSA
N.º 1.111

Pero aunque es tan avisado,
en la emboscada que ahora
le preparo. . . .

ESCENA IV.

LA MARQUESA.—KEEN.

Keen. A Dios, señora.
Marq. Mister Kin, muy bien llegado.
 Exacto sois. . . .
Keen. Como inglés. . .
 apenas he recibido
 vuestro billete, he venido
 para besar vuestros piés.
Marq. Perfectamente habeis hecho.
Keen. Vuestra opinion me es muy grata. . . .
Marq. ¿Sabeis de lo que se trata?
Keen. Algo, señora, sospecho. . . .
Marq. No. . . . la reserva dejad,
 y con franqueza empecemos,
 pues ya es tiempo de que hablemos
 sin trabas ni ambigüedad.
Keen. Si vos la muestra me dais,
 yo con gozo os seguiré.
Marq. Pues bien, Kin, os la daré
 tal vez como no esperais.
 De unirse con esta tierra
 tiene segura esperanza
 el francés: á su alianza
 prefiero la de Inglaterra.
 Y no preguntadme, no,
 el por qué ahora sostengo. . . .
 pues los motivos que tengo
 vos los sabeis como yo.
 En fin, hable la Inglaterra,

y si á ello dispuesta está. . . .
 mañana mismo verá
 al de Ensenada por tierra.
Keen. En nombre de mi país
 os rindo gracias, señora,
 por las palabras que ahora
 tan francamente decís.
 Ha tiempo, y sin esperanza,
 que con afan he buscado
 en pro de uno y de otro Estado
 tan ventajosa alianza.
 Y dóyme en esta ocasion
 el parabien mas cumplido,
 puesto que ya he merecido
 fijar vuestra alta atencion.
 Marquesa, acepto desde hoy. . . .
Marq. No las palabras troqueis:
 vos sois el que proponéis,
 y yo la que acepto soy.
Keen. Señora mia, es igual,
 no añade ni quita peso. . . .
 mas no se ofenda por eso
 vuestro orgullo nacional.
 Un tratado os propondré. . . .
Marq. ¿Tenéislo ahí?
Keen. No, y lo siento. . . .
 pero es cosa de un momento;
 si gustais lo extenderé. . . .
Marq. Que me place.
Keen. (Dirigiéndose á la mesa.)
 Perdonad. . . .
Marq. Solo os dejo.
Keen. ¡Oh! no, por mí. . . .
Marq. No obstante, lo hareis. . . . sí, sí,
 mejor en la soledad.
 (Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

KEEN.

Pues señor, esta es la mia:
á ver Kin cómo se porta. . . .
atemos algo mas corta
á esta bella monarquía.

(Escribe y después lo considera.)

—Así calmo sus recelos,—

Ya que me abren el camino,
marchemos. . . . pero con tino. . . .
¡lo que pueden unos zelos! . . .

(Sigue escribiendo con las pausas que indica el diálogo.)

“Estrecha amistad. . . .” Sí, sí.

“Apoyo mutuo. . . .” Esto es:
mas con el apoyo inglés
que nunca cuenten aquí.

“Puertos francos. . . .” ¡Oh! . . . me asocio
á esta idea. . . . “Gibraltar. . . .
y Cádiz. . . .” A no dudar,
aquí está nuestro negocio.

“En el término de un mes
España su inmensa armada
reducirá. . . .” Sí, sí: á nada;
y allá veremos después.

Mucho pido, á no dudar;
habrá mil contestaciones. . . .
mas para hacer concesiones
siempre tendremos lugar.

Cuatro palabras aquí
de fórmula. . . . “Este tratado

quedará ratificado. . . .”
Perfectamente, concluí.
Puede ser que haya esplosion. . . .
mas no temo una derrota:
jamás he puesto una nota
con mas tino y precision.
No dirá que he sido tardo:
al volver de su retiro
se encontrará . . . mas ¡qué miro!

ESCENA VI.

KEEN.—DON RICARDO.

Keen. Llegais, señor don Ricardo,
á tiempo.

Ricard. Que os guarde Dios.
¿Cómo es que os encuentro aquí?

Keen. Me ocupo de vos. . . .

Gutier. ¡De mí!

Keen. Pues, justamente de vos.

Ricard. No comprendo ese misterio.

Keen. ¡Cómo que no comprendeis!
se trata. . . . ¿no lo sabeis?
de formar un ministerio.

Ricard. ¡Tan pronto! . . . pues ¿cómo así?

Keen. ¿Qué! . . . ¿aun no os dais por entendido?
Acaso ¿no habeis venido
á hablar de eso mismo aquí?

Ricard. Os juro que. . . .

Keen. No os canseis,
porque estoy en esta empresa
de acuerdo con la marquesa. . . .

Ricard. ¡De acuerdo!

Keen. ¡Prueba quereis?

(Tomando el tratado de encima de la mesa, y presentándose.)

Reservadamente, ved. . . .

¿eh? don Ricardo, ¿qué tal?

Ricard. Ps. . . . no me parece mal. . . .

Keen. (Este ya cayó en la red.)

Con plena autorizacion de la marquesa, extendí cuanto veis trazado ahí; y si vuestra aprobacion tambien llega á merecer, suceda lo que suceda, don Ricardo, no me queda nada ya que apetecer.

Ricard. Pero con esto ¿qué tiene que ver hoy la opinion mia?

Keen. Ya lo sabreis algun dia. . . .

(Mirando á la izquierda.)

Pero silencio, aquí viene. . . .

(Pone el papel sobre la mesa, y vuelve al lado de don Ricardo.)

No digais que habeis leído. . . .

Dejémoslo estar así. . . .

ESCENA VII.

LA MARQUESA.—KEEN.—DON RICARDO.

Marq. ¡Hola! . . . don Ricardo aquí. . . . celebro que háyais venido.

Keen. (Bajo á don Ricardo.)

¿Eh? celebra. . . .

Ricard. Siempre en pos de vuestra iman, como es justo.

Keen. (Bajo á la marquesa y señalando á la mesa.)

¿Quereis ver. . . .

Marq. Con mucho gusto. . . . Perdonadme, soy con vos. (A Ricardo.)

(Keen y la marquesa se acercan á la mesa.)

Amigo, no hay mas que ver, pronto lo habeis acabado. . . .

Keen. Como estoy acostumbrado. . . . es cosa fácil de hacer.

¿Qué os parece?

Marq. A mí. . . . en rigor

ni bien ni mal. . . . yo no sé. . . . después lo someteré á aprobacion superior . . .

Keen. ¡Superior! . . . ¡ah! . . . ya comprendo. . . .

Marq. Como no lo he de firmar, es necesario contar. . . .

Keen. Entiendo, marquesa, entiendo; y será oportuno ahora que con él sola quedeis. . . .

Marq. Mister Kin, como gusteis. . . .

Keen. Hasta mañana, señora. Señor don Ricardo, á Dios.

Ricard. ¿Os retirais ya?

Keen. Sí, sí. . . .

Bajo. Pensad, don Ricardo, en mí. como yo he pensado en vos.

ESCENA VIII.

LA MARQUESA.—DON RICARDO.

Ricard. Nunca os he visto, marquesa. . . . (preparamos la emboscada) tan seriamente ocupada.

Marq. Por ventura, amigo, ¿os pesa?

- Ricard.* ¡Pesarme! . . . no . . . ¡qué decís! . . .
(Descubramos el terreno. . .)
Sé que haceis mucho y muy bueno
en obsequio de este país.
- Marq.* Cierto que estoy afectada;
mas . . . no es tanto todavía
que abruma la fuerza mia. . .
- Ricard.* (Esto no es decirme nada.)
- Marq.* Cuando me falten aquí
recursos, acudiré
á quien los suyos me dé . . .
- Ricard.* (Esto lo dice por mí.)
Alguno sé yo, marquesa,
que se holgara de saberlo. . .
- Marq.* Es que quiero sorprenderlo. . .
- Ricard.* (¡Me prepara una sorpresa!)
Sea de ese ó de otro modo,
con toda lealtad os digo
que conteis con un amigo,
señora, en todo y por todo.
- Marq.* Bien puede ser si se enreda
que lo llegué á menester;
mas no he de comprometer
su opinion mientras que pueda,
- Ricard.* Sé que raya á grande altura
vuestro exquisito talento:
marquesa, sois un portento
de ingenio y de travesura.
No obstante, pudiera ser,
mientras por vos se declara
el campo, que flaqueara
aislado vuestro poder.
Antes, señora, mandad
y disponed sin reparos. . .
pues de esto he venido á daros
cumplida seguridad.

- Marq.* Sí, don Ricardo, lo sé,
y os agradezco el aviso:
si á serme llega preciso,
no dudeis que acudiré. . .
- Ricard.* Con entera confianza,
porque nada habrá en el mundo
que impida. . .
- Marq.* Sé que no fundo
en el aire mi esperanza.
- Ricard.* Creedlo así; á Dios, señora.
- Marq.* A Dios, amigo Ricardo.
- Ricard.* ¿Dónde mañana os aguardo?
- Marq.* En palacio, á cualquiera hora.
- Ricard.* (¡Oh! . . . yo haré que esta mujer
á mis proyectos se preste.)
- Marq.* (Entre el de Ensenada y este. . .
hay bien poco que escoger.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA.

Pero es preciso tener
uno que haga de pantalla
mientras damos la batalla. . .
y mejor que este ninguno:
deja hacer, no es importuno,
á todo se brinda, y calla.
Adelante. Es necesario
con presteza sin igual
que le dé el golpe mortal
á mi arrogante adversario.
Sin duda que es temerario
atacar á un enemigo
que cuenta al rey por su amigo:

mas él por fortuna ignora
que nuestra reina y señora
está de acuerdo conmigo.
Vengan acá los tratados

(*Los saca.*)

del francés y del inglés,
y vayan juntos después
á palacio bien cerrados.

(*Mientras cierra el pliego y lo sella, sigue diciendo:*)

Y estarán tan confiados
de que cada cual alcanza
la suspirada alianza
en que su fortuna estriba. . . .
Mientras la marquesa viva
pueden perder la esperanza.—
Sepa el rey á no dudar
al ver estos desengaños,
lo que de propios y extraños
su reino puede esperar.
Si de mi impulso á pesar
no sale de su apatía,
si no enfrena la osadía
de toda esta gente extraña. . . .
se hundirá la pobre España,
pero no por culpa mia.
Ya está cerrado. . . . esto es:
vaya á palacio al momento. . . .
mas me parece que siento
posos. . . . sí, sí. . . .

(*Guardando el pliego en uno de los cajones de la mesa.*)

ESCENA X.

LA MARQUESA.—MAURICIO.

Marq. ¡Calle! ¿vos? . . . ¡al fin os veo,
señor de Somodevilla? . . .
tomad, tomad una silla:
ya hace tiempo que os deseo,
y aunque habeis estado, sí,
despacio en la capital,
vos, pariente desleal,
no os acordásteis de mí.

Maur. Sí tal, de vos me acordé
pero me atuve á razones. . . .
volais por ciertas regiones
que yo. . . y en fin, me largué.
Luego, aquí en toda mi vida
dos veces solo he venido,
y esas dos veces han sido
así. . . como de corrida.
Porque en la corte jamás
estoy bien, y si me muevo,
pienso, señora, que llevo
dos mil demonios detrás.

Marq. Acostumbrado hasta ahora
á aquella vida tranquila
del campo. . . .

Maur. Pues, me aniquila
la de la corte, señora.
Ya veis, ¿á qué era llegar
con un genio así tan hosco?
vuestro pariente aunque tosco
nunca os quiso avergonzar.

Marq. ¡Avergonzarme! . . . ¿y por qué?
 ¡que penseis de esa manera! . . .

Maur. Como aquí no hacen carrera
 la franqueza y buena fe,
 por eso. . .

Marq. Teneis razon.

Maur. ¿Que si tengo? claro está.

Marq. Pero á cualquiera honrará
 vuestro noble corazon.

Maur. Ps. . . Marquesa, otros honores
 se llevan aquí la palma:
 hoy los honores del alma
 se tienen por los peores.

Marq. Hay un fondo de verdad
 en eso; pero, Mauricio,
 hay tambien en vuestro juicio
 bastante severidad.

Maur. No entremos en esa lid:
 lo dicho, dicho, señora.
 ¿Mas quién os dijo que ahora
 Mauricio estaba en Madrid?

Marq. ¿Acaso vos ignorais
 que vuestras acciones bellas
 van marcando vuestras huellas
 por donde quiera que vais?

Maur. Marquesa. . . ¿qué estais diciendo?
 ¡que penseis eso de mí! . . .
 ¿yo acciones bellas aquí? . . .
 francamente, no os entiendo.

Marq. ¡Oh! . . . pues todo es bien sencillo
 y demostrable en verdad:
 os convencereis. . . mirad,
 ¿conoceis este bolsillo?

Maur. (Lo toma.)
 ¡Calle! . . . ¡el mio! . . . no hay mas, no. . .
 ¿cómo está en vuestro poder?

Marq. Una infelice mujer . . .
 ha poco que me lo dió,
 rogándome que al momento,
 mi buen amigo, que os viera,
 el bolsillo os devolviera
 con su reconocimiento. . .

Maur. Señora, yo se lo dí
 para que se remediara;
 con que esto ya. . . es cosa clara,
 no me pertenece á mí.

Marq. No, no; sin duda ninguna
 que ya es vuestro. . . ella, os lo juro,
 ya salió de aquel apuro
 y ha cambiado de fortuna.

Maur. (guardando el bolsillo.)
 Bien: me alegro; vuelva acá:
 si ya de suerte cambió,
 no digo entonces que no,
 á otro pues le servirá.

Marq. Por esto el llamaros fué,
 y por brindaros sin tasa
 con mi fortuna y mi casa;
 pues vos y Ensenada sé
 que no andais bien avenidos:
 aquí mejor estareis,
 y aceptando me dareis
 honor y placer cumplidos.

Maur. Aunque con tanta reyerta
 á veces pierdo la calma,
 marquesa, con toda el alma
 os agradezco la oferta.
 Yo no quiero ser gravoso,
 y cumplo lo que resuelvo;
 nada; á mi Rioja me vuelvo
 en busca de mi reposo.
 Solo que en esta ocasion

BIBLIOTECA CENTRAL
 U. A. N. L.

vuelvo allá bien lastimado
de haber por acá encontrado
tan distinto á mi Zenon.
Mal haya el aciago dia
que en Madrid puso los piés:
es ministro y es marqués. . . .
pero. . . ¡quedo, lengua mial
que aunque me tiene enojado
y es hijo mio el mancebo. . . .
hablar con respeto debo
del que gobierna el Estado.

Marq. Bien haya esa rectitud,
tan noble como sincera:
¡á cuántos servir pudiera
de ejemplo vuestra virtud!

Maur. Marquesa, vos, que aquí sola
teneis dominio cumplido,
y sois y siempre y habeis sido
tan franca y tan española,
¡no me dais algun remedio
para arrancar á Zenon
de entre esta condenacion. . . .
¡O por ventura no hay medio?

Marq. Quién sabe. . . por ahora nada. . . .
es imposible saber. . . .
mas tarde pudiera ser. . . .

Porter. (Anuncia desde el fondo.)
El marqués de la Ensenada.

Marq. ¡El marqués!

Maur. ¡Oiga!

Marq. (Al portero que va á retirarse.)
Esperad.

(A Mauricio.)

A la verdad no quisiera
que aquí el de Ensenada os viera.

Maur. Ni yo. . . .

Marq. Pues bien, aquí entrad.
(Le hace entrar por la izquierda, y seguidamente
saca el pliego de donde antes lo ocultó y se diri-
ge al portero.)

Tomad, tomad; tiempo es;
en vuestra presteza fio;
á la reina en nombre mio.
Decid que pase al marqués.

ESCENA XI.

LA MARQUESA.—Después ENSENADA

Su llegada intempestiva
sin duda á entender me da
que desde esta noche es ya
la jugada decisiva.

Ensen. (Sale.) Guárdeos el cielo.

Marq. Y á vos.

Ensen. Con desden me recibís.

Marq. Paréceme que venís
disgustado.

Ensen. Sí, por Dios.

Marq. ¡Oh! . . . pues me pesa á fe mia,
marqués, de vuestro desvelo,
porque aquí. . . ¡gracias al cielo!
reina la paz, la alegría. . . .

Ensen. Sentiré, aunque de aspereza,
señora, esta noche peque,
que en guerra la paz se trueque
y la alegría en tristeza.

Marq. ¡Ay, marqués! venís fatal. . . .
sabeis cuánto me intimida. . . .
no me hableis por vuestra vida
con esa voz sepulcral. . . .

- Ensen.* Vos la ocasion habeis dado de cometer este exceso.
- Marq.* ¡Válgame Dios! ¿Todo eso señor ministro de Estado?
- Ensen.* En vuestro elemento estais cuando jugais la ironía; mas pensad, señora mia, que hoy sin fruto os molestais.
- Marq.* ¿Qué, me hareis al fin creer que hablais con formalidad?
- Marq.* Seguro, y de esta verdad pronto os vais á convencer. Está ya la suerte echada, y el por qué hareis comprendido á vuestra casa he venido en hora tan avanzada.
- Marq.* No comprendo; es un error, señor mio, en el que estais. . . . á no ser que aquí vengais á llenarme de terror. . . .
- Ensen.* Está bien disimulado. . . . y á la verdad que me pesa. . . . mas. . . . concluyamos, marquesa, ¿me entregais ó no el tratado?
- Marq.* ¡Yo! ¿qué tratado, marqués? cuidado que es buen capricho. . . . entonces nada os ha dicho mi señora doña Inés.
- Ensen.* Doña Inés no importa ahora, del tratado estoy hablando, y mirad que os lo demando por última vez, señora.
- Marq.* Por última vez, aquí me obligareis á que os diga que habeis forjado esa intriga para vengaros de mí.

- Ensen.* La paz os brindé primero, pero sospecho, por Dios, que la guerra. . . .
- Marq.* Sí, con vos, marqués, la guerra prefiero.
- Ensen.* Será de guerra mi porte, señora, pues lo quereis.
(*Le entrega un papel.*)
Veinticuatro horas teneis para salir de la corte.
- Marq.* (Me sobra tiempo.) Es extraña medida tan vengadora. . . .
- Ensen.* Al punto saldreis, señora, de los dominios de España.
- Marq.* Pero esto es una violencia. . . . permitidme que haga ver. . . .
- Ensen.* Imposible, es menester que se cumpla la sentencia.

ESCENA XII.

LA MARQUESA.—ENSENADA.—MAURICIO *que sale*
bruscamente por la izquierda.

- Maur.* ¿Que ha de cumplir? ¡no señor!
- Ensen.* ¿Vos en esta casa estais?
¡Ya! ¿os tienen para que hagais el papel de intercesor?
- Marq.* ¡Ensenada!
- Maur.* ¡Basta ya!
me asombra tanta malicia. . . .
mas lo que es esta injusticia no. . . . ¡no ha de ser!
- Ensen.* Sí será.
Nadie lo puede impedir,

que aquí, señor, no hay mas ley
que la voluntad del rey,
y yo la sabré cumplir.

Maur. Con el rey os escudais
al extender vuestras leyes;
pero tambien de los reyes
á cada paso abusais,

Ensen. ¡Padre!

Maur. ¡Zenon!

Marq. ¡Oh! cesad;
no causa á disturbios dé
mi desgracia. . . cumpliré
con la real voluntad.

Maur. Oye, Zenon, lo que digo,
atiende á mis justas quejas;
si en libertad no la dejás,
no cuentes jamás conmigo.

Ensen. Cómo ha de ser: llenareis
de duelo mi corazon;
pero estos. . . negocios son,
señor, que vos no entendeis.
Con mi deber he cumplido,
y de ello nada me pesa.
Veinticuatro horas, marquesa,
ya lo sabeis. . . he concluido.

(*Saluda y vase.*)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA.—MAURICIO.

Maur. Está bien, señor Zenon.

Marq. ¡Ja! ¡ja! . . .

Maur. ¡Qué! . . .

Marq. No os aflijais,

pues no soy como pensais,
tan digna de compasion,
Maur. ¡Pero un destierro, decid,
tan pronto y á tierra extraña. . .
¡que esto suceda en España! . . .

Marq. ¡Oh! no saldré de Madrid.

Maur. ¡De veras, señora mia? . . .

Marq. Id, señor, á reposar
sin temor, que á no dudar. . .
mañana será otro dia.

(*Queda Mauricio como confundido: la marquesa se
dirige á la izquierda.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.